Partonopeus

Historia del muy noble y esforzado caballero

Madrid

[1894?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

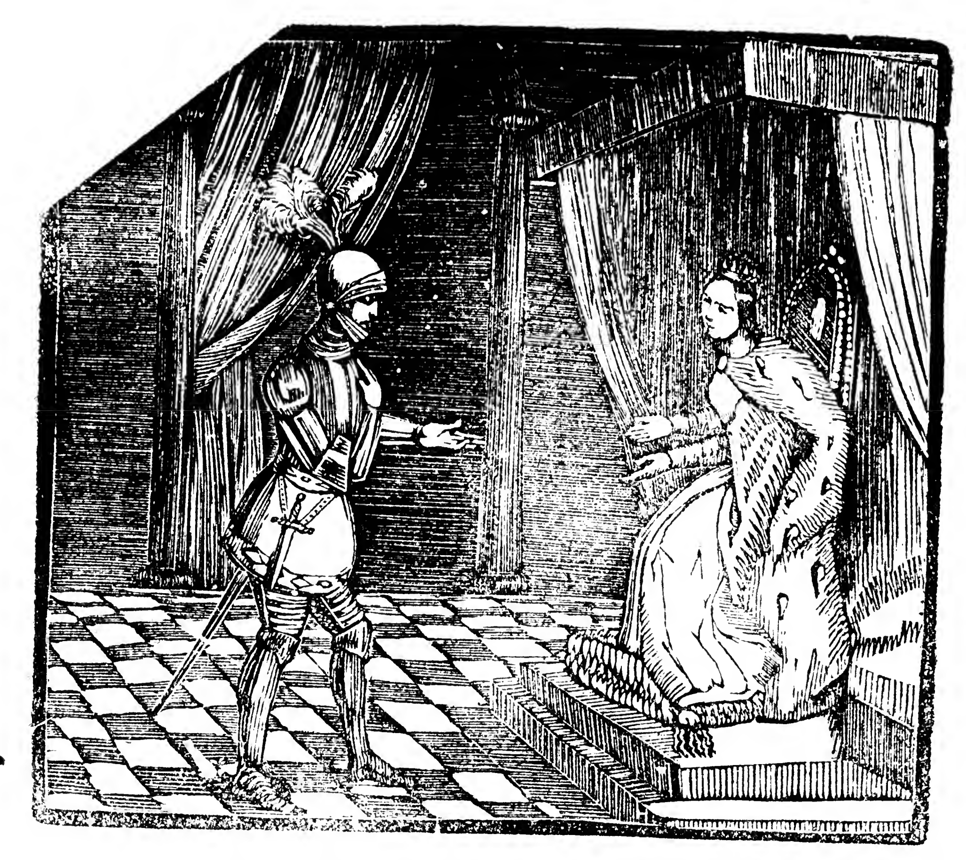
RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCl00041.08

Control Number: ADT-0600 OCLC Number : 29659227
Call Number : W 381.568 H629 v.1 HISMU
Author : Partonopeus de Blois. Spanish.
Title : Historia del muy noble y esforzado caballero Conde Partinoples : el cual de un modo raro llegó ser emperador de Constantiopla / reformada y compendiada de la que compuso Gaspar Aldana.
Imprint : Madrid : Hernando, [1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia del Conde Partinoples.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish. Added Entry : Aldana, Gaspar.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/7/94
Camera Operator: A[illegible]

(CUATRO PLIEGOS)



HISTORIA DEL MUY NOBLE
Y ESFORZADO CABALLERO
CONDE PARTINOPLES
el cual de un modo raro llegó á ser emperador de Constantinopla.

Reformada y compendiada de la que compuso Gaspar Aldana.

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.

HISTORIA
DEL CONDE PARTINOPLES.

CAPITULO PRIMERO

De la infidelidad del primer esposo de la emperatriz de Constantinopla, y determinacion que esta tomó con su marido.

Habia en Constantinopla antes de ser conquistada por los turcos, un emperador llamado Juan, casado con una notabilísima y hermosa dama de aquel país, de la que no tenia sucesion; y para conseguir sus deseos apeló á la credulidad de los encantamientos, presentándosele á la sazon una mora que poseia este arte, la cual le ofreció tendria hijos de la emperatriz tan luego como él pasara á la tierra del rey Hernan y viese en su palacio una jóven damasquina. Complacido el emperador de tan halagüeña noticia, se decidió á partir á la ciudad de Damasco, á pesar de la enemistad que entre él y el rey existia entonces, á quien invitó con este motivo por medio de sus mensajeros á una cacería, que aquel aceptó con suma satisfaccion.

El emperador vió y se enamoró de la jóven damasquina así que la habló; y ésta, tan hermosa como complaciente, correspondió á su amor, de cuyas resultas tuvo una niña, que el emperador adoptó por hija suya, con el nombre de Leonisa, mandando á todos los

reyes y grandes del imperio la reconociesen por su legítima sucesora y heredera del imperio.

La infidelidad del emperador dió márgen á que su esposa le abandonase, trasladándose del palacio imperial al castillo titulado de Cabezadoire, donde se estableció; pero no contenta con esta determinacion, convocó en él á todos sus parciales, entre ellos algunos reyes y varios caballeros del imperio que la fueron fieles, quienes negaron la obediencia al emperador, aconsejando á su esposa su casamiento con un príncipe extranjero. En su consecuencia, la emperatriz mandó emisarios á todas las naciones para que le diesen noticia de un hombre, que á su acreditada nobleza y honradez, reuniese valor, gallardía y juventud, aunque careciese de riquezas, para elegirlo por su esposo. Partieron aquellos en distintas direcciones á evacuar su cometido, y á su regreso dieron conocimiento á la emperatriz los emisarios de Alemanía, Nápoles y Rusia de las muchas noblezas de príncipes, duques, condes y otros grandes señores que por aquellas tierras habia; mas los mensajeros de Francia no quisieron hablar hasta que los demas concluyeran, los cuales dijeron: señora, cuanto estos señores han dicho, es nada en comparacion de lo que nosotros con esquisitas diligencias que practicamos hemos hallado en Francia, que es un doncel sobrino del rey, sin poder enumerar tanta nobleza é hidalguía como le adornan, por ser descendiente de los godos; es varon de veinte años, y su cuerpo manifiesta más edad; su presencia es muy gallarda, hermoso de rostro, franco en su porte, buen caballero, de mucha fuerza y valor sobre cuantos se conocen en su tierra, sin advertírsele jamás ningun pesar ni tristeza, antes por el contrario, siempre placentero y alegre. Informada la emperatriz de la residencia de dicho caballero, se aderezó muy bien de gala, mandando preparar la mejor nave que tenia; é hizo descender una nube, subió en ella llevando consigo la nave por encantamiento, cuyo estudio y enseñanza habia adquirido con otras muchas cosas secretas de una aya que tuvo despues de la infidencia de su esposo. Llegó frente de la sierra de Ardeña, dejando la nave fondeada en una ensenada, y partió para el castillo de Bles, donde el conde Partinoples habitaba; á su llegada encontró al rey de Francia y al conde, jugando al ajedrez. Púsose á mirar al conde muy á su satisfaccion, sin que nadie pudiese notarla, y le pareció tan bien, que desde luego se propuso ganar su corazon por voluntad, ó bien por la habilidad de su arte de encantamiento.

CAPITULO II.

El conde Partinoples se pierde en el monte yendo de caza con el rey su tio.—Es conducido en una nave al castillo de Cabezadoire.

El rey, despues de la diversion del juego que tenia con su sobrino, mandó llamar sus monteros, y se dirigieron á la sierra de Ardeña, inmediata al castillo, permaneciendo la emperatriz durante la cacería á cierta distancia de ellos, emboscada con su nave invisible; despues de haber muerto algunas piezas, se dispusieron para retirarse, y cuando aquella lo advirtió, hizo descender de las nubes una espesa niebla que cubrió todo el campo, que no permitia distinguir los objetos á corta distancia: en seguida hizo salir un jabalí; el conde apenas le divisó se empeñó en seguirle por la sierra, y su tio en pos de él diciéndole que se volviese; pero el conde, sin atender á ello, no sabia si iba ó venia, andando así hasta que anocheció y se perdió. El rey pudo regresar á su palacio, desconsolado por la ausencia del conde. Dejémosle sumerjido en el pesar de su sobrino, y sigamos el paradero de este jóven cuya suerte hubiera sido fatal á no mediar en su favor la influencia de la emperatriz, que tenia encantados á los animales que habia en todas aquellas inmediaciones. Pasada era ya la mayor parte de la noche, siempre recorriendo el conde aquella sierra, sin pober hallar donde guarecerse de la intemperie, dirigiéndose ya á una parte ya á otra; más vagando de esta suerte sin tino alguno, y ya cerca de la madrugada, se halló de improviso á las orillas del mar, donde observó fondeada una hermosa nave: todo su esfuerzo lo puso en llamar á la gente de la tripulacion; y no solo nadie le respondia, sino que no observó señal de persona alguna; creido sin duda de que se hallaria desamparada la nave por algun incidente que no podia penetrar, y observando en la ribera ó playa la lancha ó bote de aquella embarcacion, se metió en ella y se dirigió á bordo, donde con efecto no vió persona alguna. Apenas aclaró el dia, queriendo regresar á tierra, no solo no veia ya á esta, sino que se encontró en medio de un inmenso golfo de aguas y nubes que le conducian y rodeaban. En esta ocasion, comenzó á afligirse encomendándose á Dios, rogándole le hiciese la merced de manifestarle el misterio que encerraba

aquello que observaba, ó si iba conducido por algunos genios infernales.

Tres dias con sus noches andubo de esta suerte sin tomar alimento alguno, y alzando los ojos al cielo imploraba su ayuda y favor diciendo algunas veces: ¡desventurado de mí, y en qué mala hora me metí en el mar! Si me hallara en tierra podia buscar algun asilo, más aquí no observo otra cosa que cielo y agua. Así se quejaba el desdichado conde, de modo que su desconsuelo podia ablandar el corazon más empedernido. Pasados los tres dias, apareció el tiempo sereno y la tierra inmediata, en la que vió un hermoso castillo blanco como una paloma el cual pertenecia á la emperatriz. Este castillo era el de Cabezadoire, formado en una isla bastante amena y deliciosa, á la cual se podia arribar de todas partes; luego que el conde la descubrió, hincóse humildemente de rodillas, suplicando á Dios le permitiese saltar en tierra: en efecto, la nave dió fondo en la bahía, y observó que le tomaban por la mano en señal de que se embarcase en la lanchita pequeña, la cual le condujo á tierra; pero era tal su debilidad, que apenas podia dar un paso por el grande desfallecimiento que sentia: miraba á todas partes por si descubria alguna persona á quien poder preguntar, pero no vió ni advirtió cosa que le diese indicio de estar habitado aquel terreno. Mucho se admiró de ver aquel castillo tan magnífico y lujoso en aquella soledad, por lo que exclamó diciendo: ¡Vírgen Santísima, sedme en mi ayuda y socorro! me parece que esto que pasa por mí es sueño porque esto sucede muchas veces; mas yo conozco que me hallo bien despierto. Dirigióse como pudo al castillo, y observó ser un soberbio palacio, de cuya chimenea salia humo, y se decidió á penetrar en él: se internó en sus salas llenas de tapicerías y ricas colgaduras que las adornaban, y en una de ellas vió una expléndida mesa cubierta de ricos y esquisitos manjares, la que anticipadamente se hallaba dispuesta por órden de la emperatriz, quien se mantenia invisible observando todas las operaciones del conde, el que se dirigió á la mesa, y sentándose, satisfizo su necesidad hasta quedar saciado. Despues se dirigió á un salon magníficamente adornado, y fué grande su admiracion al mirar tanta riqueza de joyas esmaltadas y piedras preciosas, sin observar ninguna clase de personas que cuidasen de tan vasta y suntuosa posesion: aun fué mayor su asombro al advertir que por una mano invisible se le prodigaban cuantos obsequios y finezas pudiese él apetecer, por lo que decia entre sí: caso que yo muera en este palacio, daré por bien empleada mi muerte. A la noche, observando de nuevo la mesa

puesta, se sentó á ella, y vió que con direccion á él venia una copa de licor, de la que pendia un hermoso canastillo y encima de él una piedra preciosa de inestimable valor: tomó la copa y bebió, despues le fueron sirviendo diferentes clases de viandas muy esquisitas, ricos manjares y delicados licores hasta quedar satisfecho: despues le sirvieron el aguamanil con su fuente de plata dorado y tohallas bordadas con el mayor gusto y primor. Recostóse en la silla y descansó un rato, en cuyo estado soñó que una legion de demonios le cogian por las espaldas para arrojarle al fuego: despertóse despavorido y asustado, no cesando de santiguarse, poniendo mano á su espada para defenderse; pero no observando cosa que viniese á hacerle daño, se serenó del todo; mas sí vió á un extremo de la sala una antorcha encendida, y con deseo de ver quién estuviese allí, se dirigió á ella: mas á su llegada, se movió dirigiéndose á otras hermosísimas habitaciones, cuyos estrados eran de finísima seda guarnecidos de brocados de oro, donde se divisada una cama tan preciosa, que en el mundo no se encontraria otra igual, en la que habia un hermoso escudo de armas: en los ángulos de la colcha se veian bordados con el mayor primor varios retratos de reyes y príncipes, adornados con oro y piedras preciosas. Visto por el conde esta grandeza, maravillóse mucho; mas creido de que la mesa provista de viandas y manjares habia sido prevenida para él, tambien lo seria aquella riquísima cama: desnudóse de sus ropas y se metió en ella, confiado en la voluntad de Dios, de quien creia emanaban tantos favores.

La emperatriz que habia permanecido invisible siempre á la vista del conde, como igualmente lo habian sido todos los de su córte, contó á Oriana (dama que se hallaba en su compañía), cuanto habia acaecido al conde Partinoples, cómo lo habia traido allí y con qué objeto. Oriana manifestó grandes deseos de verle, pidiéndola encarecidamente se lo mostrase. La emperatriz la dijo que no podia ser al presente por ciertos inconvenientes que se oponian á ello, y que resultaria desvanecerse todo el encantamiento, cayendo en una gran vergüenza, por cuantos sus tutores le habian prefijado dos años de plazo para que tomase marido, y ella se habia adelantado á hacerlo.

En seguida la emperatriz se dirigió al aposento donde descansabe el conde, y se acostó en el mismo lecho, diciendo en alta voz: encomiéndome á Dios, á María Santísima y á todos los santos y santas de la Córte celestial. Al oirla el conde sintiéndola á su lado, exclamó: ¡Oh Dios mio! ¿quién está aquí conmigo? Ella contestándole, dijo: soy emperatriz, tengo siete reyes á mi mando,

duques, condes y marqueses, sin ser nadie osado á entrar en este mi palacio; más vos, quien quiera que seais, que aquí os hallo acostado, decidme al punto quién sois. Contestóle entonces aquel revelándole su nombre y circunstancias, implorándola el perdon de su imprudencia; pero la emperatriz con tono altivo le dijo: levantaos de aquí y marchad en seguida por donde habeis venido, porque de lo contrario, daré voces para que os echen ignominiosamente. Oyendo esto el conde, la dijo: señora, yo os voy á complacer al momento; mas como el palacio es tan grande, ignoro por dónde me tengo que ir, al paso que todo está á oscuras y me hallo tan causado y rendido que apenas puedo moverme de aquí. La emperatriz volvió á decirle, que si no se levantaba inmediatamente, ella lo haría é iria á buscar á sus caballeros para que le quitasen la vida. El conde volvió á suplicar, la tuviese compasion de él, y se puso muy afligido, en tales términos, que no pudo menos de verter lágrimas. Ella al observarle de este modo se enterneció y quedó quieta sin decirle nada. El conde, creyendo que la interlocutora voz habia quedado convencida de las razones que habia expuesto, quedó profundamente dormido á causa de la gran sensacion que habia experimentado.

Al siguiente dia, al despertarse el conde, se encontró solo en el lecho, creyendo desde luego que cuanto le acababa de suceder era una mera ilusion ó un delicioso sueño de su imaginacion trastornada; pero no era así, pues se convenció de lo contrario al mirar que los vestidos que habia dejado al acostarse no estaban allí, encontrando en su lugar otros muy distintos, y entre ellos un manto de terciopelo carmesí forrado de seda finísima y bordado de oro con las armas de la emperatriz: vistióse y se dirigió en seguida al estrado donde se encontró el tocador y recados para aderezarse, lo que ejecutado salió á la sala en la que habia una grande estufa: sentóse en un sillon que habia, y despues que se hubo calentado salió del palacio á pasear por sus inmediaciones, admirado de sus preciosos jardines, adornados de bellas fuentes y de diversidad de flores olorosas que exhalaban diferentes olores aromáticos que recreaban los sentidos.

La emperatriz estaba tan segura de salir bien con su empresa, que contó el hecho á sus confidentes, los cuales quedaron asombrados de su astucia y sagacidad. Cuando llegó la hora de comer volvió el conde al palacio y halló la mesa bien cubierta de cuantas viandas pudiese apetecer: sentóse en la silla y fué tan bien servido de manjares y frutas, que no podia desear más el mayor monarca del mundo. Despues de haber comido se levantó y fué á pasear por el alcázar.

Por la noche, como por ensalmo, se vió rodeado de muchas hachas encendidas, á las que siguió sin poder divisar quiénes fuesen los que las llevaban. Le condujeron á un hermoso salon del palacio: sentóse en un rico estrado, en cuyo estado sintió le desnudaban de ropa y le conducian en seguida á la cama, desapareciendo las luces: al poco rato de estar acostado, sintió pasos que se dirigian hácia él; en efecto, era la emperatriz que venia á oscuras á acostarse: al entrar en la cama, que ya el conde la aguardaba impaciente, acercóse á ella y la estrechó en sus brazos lleno de satisfaccion, manteniéndose en deliciosa conversacion ambos con el mayor placer hasta la madrugada, en cuya hora le dijo la emperatriz: amigo Partinoples, te encargo y ruego me seas fiel, y con particularidad el que no descubras á nadie de este mundo lo que ha pasado entre los dos, porque nos resultaria un gran pesar á entrambos; cualquiera otra cosa os la perdonaría, más esto no; á lo que contesto el conde: os prometo, señora, el preferir antes la muerte que tal hiciere: la emperatriz volvió á decirle que si queria divertirse por la ribera del Azores podia hacerlo á su beneplácito, pues habia muy buenos halcones; que al amanecer hallaria un buen caballo ensillado á la puerta del alcázar, el cual le conduciria á paraje donde pudiera divertirse sin recelo de nada, supuesto que ella siempre se hallaba á su lado, aunque no la viese. Cuando amaneció, ya la emperatriz habia desaparecido de la cama; y viendo el conde que ya era tarde se levantó y vistió; á su salida halló toda la prevencion necesaria para la caza; monta en el caballo que le habia preparado la emperatriz, y marchó atravesando una hermosa floresta: llegó al sitio del monte que el caballo debia conducirle, donde oyó tocar una bocina, á cuyo eco se vió cercado de lebreles, todos con sus collares de diversos colores y demás avíos propios de caza; no tardó en presentarse un javalí, al que acometió con la mayor velocidad hasta alcanzarle y darle muerte, el cual se llevaron con toda presteza y vocerío, pero sin ver á nadie, de lo que estaba maravillado, y más al oir tanto ruido de caballos, siendo causa, á pesar de las seguridades que le habia dado la emperatriz, de que á toda prisa se retirase del campo dirigiéndose á palacio, donde fué recibido y obsequiado por una música muy sonora, sin poder distinguir persona alguna, ni á la misma emperatriz, aunque no le perdia de vista, y á pesar de sus conversaciones nocturnas.

Así pasaron un año cumplido, en cuyo tiempo trataba de conquistar el reino de Francia un rey moro llamado Lisuarte, el cual llevaba en su ejército dos jefes llamados Casion y Ausin, los que

tanto se internaron en el reino de Francia, que llegaron á poner sitio á París. Todo cuanto allí pasaba lo sabía la emperatriz por medio de su arte; pero no queria decir nada al conde, porque no tomase desazon y tratase de querer ir en ayuda de su tio, pues como lo amaba de corazon, no queria se separase de ella. Estando un dia el conde desde una torre del palacio mirando los campos y acordándose de su patria, exhaló un suspiro, el que repitió á la noche estando acostado, lo cual, oido por la emperatriz, le dijo: mi querido Partinoples, ¿por qué suspirais? ¿os falta algo de lo que habeis de menester? Por cierto, dijo el conde, que no; mas si no os ocasionara pesar, yo os diria la causa. La emperatriz respondió estuviese seguro que no le pesaria el saberlo, por lo que le rogaba se lo dijese. Entonces la contestó el conde: señora, por el gran cuidado que tengo de mi madre y de mi tio es por lo que suspiro. La emperatriz le replicó: sabed que la sangre os llama á vuestra patria, porque se trata de conquistar la Francia por el rey moro llamado Lisuarte, quien tiene cercado á vuestro tio en París; y así, quiero que marcheis á socorrerle, guardándoos, sobre todo, de descubrir nada de lo que ha pasado entre los dos cuando volvais, porque seria mi deshonra y vuestra muerte: yo os daré diez mil lanzas para que armeis vuestras gentes, y camellos cargados de oro y plata, y un hombre de mi confianza por conductor de estas riquezas: este es un viejo venerable; haced cuanto él os dijere que nada os faltará: mañana al ser de dia ireis á la puerta del alcázar y hallareis al viejo con los camellos cargados, y por donde él guiare podeis seguirle, seguro de que os llevará en derechura al castillo de Bles.

El conde se mostró muy agradecido á la emperatriz por el interés que se tomaba en favor del rey de Francia, prometiéndole no descubrirla en nada hasta que se efectuase el casamiento que tenian proyectado. Despidióse de ella partiendo para su patria, ofreciéndole el regreso tan luego como terminase la guerra, marchándose en seguida, llevándose las lanzas, camellos, riquezas y al viejo conductor para su custodia.

El viaje desde la isla hasta las costas de Francia se verificó como se habia hecho antes, envuelto en una densa nube.

CAPITULO III.

Lo que sucedió en Francia al conde Partinoples á su regreso al castillo de Bles.—Llegada á París.

Llegó felizmente el conde Partinoples al castillo de Bles, donde se hallaba su madre, la que le recibió con el mayor cariño estrechándole en sus brazos como hijo que consideraba perdido ó muerto, creyendo que las fieras le hubieran devorado en las sierras de Ardeña. Alborotáronse las gentes á la llegada del conde, todos con deseos de verle y ofrecerle sus personas é intereses en defensa del rey su tio, cuya generosa oferta fué aceptada por aquel con muestras de gratitud. En seguida convocó á los suyos para hacer un alistamiento general: además, pidió á España diez mil lanceros, los cuales se presentaron al poco tiempo en el castillo de Bles: todos eran jóvenes, gente muy lucida y valiente; luego que vieron al conde fué grande su placer haciéndole pleito-homenaje de morir con él antes que desistir de su empresa. Mandó el conde fuesen aposentados en el castillo y sus arrabales, dándoles muy buen trato: allí descansaron un dia; y al siguiente ordenado el ejército en divisiones se dirigieron á París, poniéndose al frente de ellos el conde Partinoples.

Cuando llegaron á las inmediaciones de la capital, tocaron las trompetas y tambores con el objeto de reunir las tropas que se hallaban vagando por la ciudad, creyendo que seria otra cosa, pues así lo indicaban las voces de alarma y el repique de campanas. Los parisienses se dispusieron á la defensa, temerosos de que sus enemigos intentasen penetrar en la ciudad. El conde les dirigió un mensajero para que le dijese al rey, que el que se presentaba con aquellas tropas imponentes era su sobrino; mas no dándole asenso por creer no existia ya en el mundo el conde, le dijo al mensajero no le daba crédito alguno, á lo cual contestó este: dígnese V. M. pasar conmigo al campamento y quedará convencido de mi verdad, pues venimos á dar auxilio á su capital y reino. El rey, oyendo afirmativa tan lisonjera, se dirigió lleno de confianza al encuentro de su sobrino; abriéronse de su órden las puertas de la ciudad, y á poco rato tuvieron el placer de abrazarse. Toda la córte celebró con regocijos públicos el socorro que les habia venido tan inopi-

nadamente. El rey y el conde se retiraron á palacio, pasando la mayor parte de la noche en referirse ambos lo ocurrido desde su separacion.

Al siguiente dia por la madrugada se oyó tocar á rebato las campanas, y las cajas y clarines á una alarma general: el conde enterado de ello, saltó al momento de la cama, suplicando á su tio le permitiese salir al campo para averiguar por sí mismo la causa de aquella novedad: en este momento se presentaron sus ayudantes anunciando la aproximacion del rey Lisuarte con sus tropas á las puertas de la ciudad: al oir esto el conde, corrió inmediatamente á exhortar á los suyos, escogiendo entre ellos tres mil lanceros los más esforzados y valientes, con los que salió al campo al frente de esta fuerza, la que acometió á sus contrarios, causándoles una pérdida considerable; pues de diez mil que eran los moros, solo dos mil pudieron escapar, quedando los demás muertos ó prisioneros.

CAPITULO IV.

Entrada triunfante del conde Partinoples en París despues de la batalla dada á las huestes del rey Lisuarte.

Al regresar el conde á París despues de alcanzar tan gran victoria, le salió á recibir su tio, que le abrazó con particular cariño y en medio de públicas aclamaciones en que todos á porfía se lanzaban sobre las riendas del caballo para detenerle, contemplando de cerca á un guerrero tan gallardo y valiente. El conde presentó prisioneros al rey cincuenta caballeros moros, todos de espuela dorada, los que fueron hospedados segun su clase, quedando en seguro depósito los demás prisioneros hechos en aquella memorable accion. Llegado que fué el conde á palacio acompañado de su tio y de la multitud de gentes que le seguia victoreándolo, salió á recibirle en triunfo y con palmas guarnecidas de flores toda la grandeza del reino, distinguiéndose en estos obsequios debidos á su valor y heroismo, todo el bello sexo.

Agradecido el conde al público por los favores que le prodigaba, se desprendió de todas las riquezas que la emperatriz su querida le habia regalado en su despedida, mandando se distribuyesen entre

las familias más necesitadas de la capital: asi terminó su brillante entrada.

Avergonzado el rey Lisuarte de la derrota que acababa de sufrir por los franceses, preguntó á sus capitanes, que quién habia sido el valiente campeon que con tanta bizarría y acierto dirigió las huestes enemigas causándole la pérdida de la mayor parte de su gente; á lo cual le contestaron que el conde Partinoples, jóven de unos veinte años, y sobrino del rey de Francia, que el dia anterior habia llegado en su socorro procedente del castillo de Bles, habiendo venido con diez mil lanceros aliados. Irritado aquel orgulloso monarca al contemplar que un mancebo de tan corta edad y sin experiencia fuese causa de su afrenta y humillacion, le envió un mensajero emplazándole á singular combate en las orillas del Sena, con la precisa condicion, de que el vencido seria sumergido en el rio para que su cuerpo sirviese de pasto á las peces.

Así que el conde recibió el mensaje se mostró sumamente complacido, y temeroso al mismo tiempo de que su tio, bajo cuya tutela se hallaba, no consintiera en ello por la condicion expresada; mas, sin embargo la aceptó el jóven héroe contestando al moro su conformidad, señalándole dia y hora para el desafío.

Informado que fué el rey por su sobrino del compromiso que este tenia contraido con su rival, le negó su consentimiento; cuyo suceso se hizo público en Paris, y un gran número de moradores, sin distincion de clases, acudieron á palacio suplicando al rey impidiese á su sobrino la salida de la córte el dia señalado para aquel horrible combate, en mérito de su corta edad, y las ventajas que sobre él tenia su contrario; pues además de ser hombre de treinta años, manejaba las armas con la mayor destreza por su larga esesperiencia en la guerra. El rey dió gracias al pueblo por el interés que en favor de su sobrino habia tomado en tan crítico asunto: dirijióse al conde en seguida diciéndole, que de su órden se mantuviese sin salir de palacio, añadiendo, que si el rey Lisuarte era caballero tambien lo era él. Al oir esto el pundonoroso conde, contestó á su tio en los términos siguientes: señor, un rey moro me ha tirado el guante, yo le he recogido; decidme ahora ¿qué debo hacer? ¡Batirse! gritaron los caballeros que á la sazon se hallaban presentes. A esta indicacion terminante de los nobles el rey tuvo que ceder; y estrechando tiernamente á su amado sobrino, le dijo, vertiendo de sus ojos copiosas lágrimas: hijo mio, tu virtud y heroismo han cautivado mi corazon, enterneciéndome de tal modo, que mi sensibilidad me hace presumir de que yo voy á perderte para siempre; pero por otra parte tu deshonra fuera para mí

aun más sensible que la misma muerte, en cuya inteligencia, caballero conde Partinoples, el rey de Francia os otorga la libertad para que vuestra voluntad sea cumplida. No bien hubo concluido este razonamiento, cuando en todos los ángulos del salon fué saludado por los circunstantes con prolongados vivas y aclamaciones, en cuyo estado el jóven, prosternado á los pies del monarca, imploraba su bendicion para partir al sitio marcado donde debia de verificarse el combate, el cual fué del modo siguiente:

Los franceses aprestaron al conde de todo lo necesario lo mejor que pudieron, y lo mismo hicieron los moros con su rey Lisuarte. Á espaldas del conde iba su tio con diez mil hombres de todas armas, y al rey moro le seguia el conde de Mars, que era su mayordomo mayor con un numeroso acompañamiento, en cuya forma llegaron unos y otros al campo. El rey de Francia acompañó á su sobrino al sitio del combate, en el que le dió su bendicion encomendándole á Dios, y lo propio hizo el conde de Mars con su rey. En seguida se aproximaron los dos campeones saludándose con toda cortesía, y luego cada uno se encomendó á su Dios. Concluida la plegaria, montaron á caballo colocándose á cierta distancia el uno del otro. Durante estas ceremonias reinó un silencio sepulcral entre los espectadores, cuyo número era incalculable, porque salió todo el pueblo de París á presenciar el combate. Estando los dos caballeros dispuestos y decididos á batirse, echaron mano á las lanzas, y poniéndose en ristre, se acometieron con tal denuedo y se dieron tan terribles encuentros, que hicieron saltar en pedazos las lanzas: luego echaron mano á las hachas, con las que á poco rato se hicieron saltar los yelmos de las cabezas, sin que hasta entonces se reconociese ventaja por parte de ninguno: al verse ambos de esta conformidad, sacaron las espadas, con las que se daban tan recios golpes que hacian salir una lluvia de chispas de sus armaduras. El rey Lisuarte era hombre muy brioso, y á los primeros tajos de su espada mató el caballo á su rival; pero como el conde era tan ligero, sacó con presteza los pies de los estribos y púsose en guardia contra el rey con su espada en la mano y el escudo ante el pecho. El rey su tio y los franceses, que le vieron desmontado, comenzaron á temer por la muerte del conde; pero lo disimularon por no hacerle desmayar; mas los moros, por el contrario, tuvieron un gra placer, haciéndose cuenta de que el conde quedaba vencido. En este estado le dijo el moro que se entregase y se cumpliese lo pactado; á cuya intimacion le contestó el conde que se defendiese, pues él no le tenia miedo. Entonces el moro picó con las espuelas á su caballo queriendo atropellar al conde; pero este, con

mucha agilidad, dió un salto al través, alzó el brazo cuanto pudo, y dió con la espada un gran golpe á la cabeza del caballo, que le tendió los sesos, de modo que cayó el rey dándose tan fuerte golpe que creyeron se habia muerto; mas en seguida se levantó y agarró al conde pensando derribarle. Anduvieron así abrazados uno al otro un gran rato, por lo cual el rey dijo: caballero, si os parece bien, podemos descansar un poco y despues volveremos á nuestra contienda. El conde contestó que se conformaba con ello; á cuyo efecto apartáronse el uno del otro, yéndose el rey moro á sentar encima de su caballo que estaba muerto; y el conde, en lugar de sentarse, hincó la punta de su espada en tierra mirando siempre á su enemigo, y así estuvieron bastante rato, hasta que dijo el conde: levantaos de ahí que ya es tiempo que acabemos nuestra pendencia, pues los caballeros que nos observan están impacientes, y no es cosa de dejar pasar el tiempo en balde: poniéndose en pié el moro con mucha calma y presuncion, le respondió: continuemos, pues, nuestro combate; y peleando como dos enemigos capitales, bien cubiertos de sus escudos, se daban tan recios golpes, que se hacian saltar los yelmos y escudos á pedazos. Quebróse la espada al conde por la inmediacion de la cruz, quedándose desarmado, y su contrario comenzó á herirle sin compasion, de modo que los franceses ya le creyeren muerto. Los moros principiaron á gritar: ¡victoria! ¡victoria! cuyas voces en vez de amilanar al desventurado conde que se veia perdido, le animaron, y dirigiéndose con la mayor presteza al sitio donde estaba su caballo muerto, sacó una espada que estaba pendiente del arzon de la silla, la misma que le habia regalado la emperatriz, y cobró tan grande esfuerzo, que fué maravilla, porque le vino á la memoria la persona de cuya mano la habia recibido, y que solo por ella se batia: con efecto, así lo demostró desde aquel momento por su denuedo, coraje y bizarría, acometiendo al moro con toda serenidad: viéndose el rey á tan mal traer sin dejarle respirar, esclamó en voz baja diciendo: ¡válgame Mahoma! ¡parece que este caballero dá principio ahora al combate, al paso que á mí me van faltando las fuerzas para resistirlo! Así era, efectivamente, pues estaba ya tan fatigado que no podia alzar el brazo, viéndose precisado á hincar las rodillas en tierra delante del conde, rindiéndose á él por su vasallo. En esto el traidor conde de Mars, que guardaba el campo bajo su fé y juramento de que ninguno de los suyos habia de tomar parte en aquella parcial contienda, hizo que todos los que estaban allí con él arrojasen las capas con que tenian cubiertas las armas, ponien-

do mano á las espadas y entraron al campo, lo que verificaron con grandes alaridos, llevándose consigo al conde; lo que visto por los franceses, entraron igualmente en el campo y se apoderaron á viva fuerza del rey Lisuarte, huyendo con él á la ciudad.

El rey de Francia y los caballeros tuvieron gran sentimiento pensando en la suerte que podia caber al desgraciado conde en poder de aquellos bárbaros, en particular su tio, que encerrado en el palacio se hallaba inconsolable. Así estuvo toda aquella noche, y al dia siguiente por la mañana fueron todos los caballeros á palacio custodiando al rey moro que le llevaban prisionero por la traicion que su mayordomo el conde de Mars habia hecho con el valiente conde, y volviéndose el rey al moro, comenzó á decirle como era un traidor que habia faltado á la verdad y juramento que tenia hecho. Nunca quiera Alá, dijo el prisionero, que yo sea traidor, pues por fiarme del conde de Mars, me veo en vuestro poder. El rey francés le contestó: reniego del soberano que fia su campo á hombre que no sea hidalgo y que pueda faltar á su honor. Entonces dijo el rey Lisuarte al de Francia: señor, mandad mensajeros á todos los capitanes de mi real, y que de mi parte les notifiquen, que si el conde de Bles, vuestro sobrino, fuere vivo, se lo entreguen inmediatamente; y que si por casualidad lo hubiesen muerto, haced de mí lo que quisiéreis, supuesto que me hallo en vuestro poder. Oyendo esto el monarca francés, se puso á reconocer al moro mirándole de piés á cabeza, y tomándolo en seguida por la mano le hizo sentar junto á sí. Luego mandó despachar los mensajeros con las órdenes correspondientes para el conde Mars y demás jefes del ejército enemigo. Entretanto fué cundiendo por París la noticia que el rey Lisuarte habia caido prisionero, y le tenian preso en el palacio, lo cual llenó de júbilo al pueblo. En tanto que los parisienses estaban entregados al placer y regocijo, llegaron los expresados mensajeros al campamento enemigo, entregaron las órdenes á quienes iban dirigidas, y en su vista se mostraron muy complacientes y serviciales con ellos y con el conde que tenian cautivo, al saber por el contenido de aquellas que su señor era vivo; mas no se resolvieron á entregar la persona del conde, creyendo que acaso los mensajeros habrian urdido aquella trama para llevarse á su jefe y asesinar al rey Lisuarte, arrojándole luego al rio Sena, segun lo que se habia estipulado en el desafio; por lo que le contestaron los generales á su rey, que el conde de Mars habia perecido á manos de los moros por haber comprometido á la persona de su monarca, y que si permanecia este más tiempo en cautividad con los franceses le su-

cederia lo mismo al sobrino de su rey, sufriendo igual suerte que el conde de Mars. Regresaron los mensajeros á París con esta embajada, y el pueblo se amotinó contra los moros. En vista de esto mandó el rey publicar un bando, por el que se prohibia bajo pena de la vida, que nadie fuese osado de hacer el menor daño á los moros prisioneros; volvieron de nuevo, con acuerdo del rey Lisuarte, á enviar los mensajeros á los jefes del real, diciéndoles de que viviesen seguros de que su soberano, ni ninguno de los demás moros prisioneros no recibirian el más leve daño, y que dispusiesen el regreso del conde á París, sin ningun recelo. Los enviados fueron presentados al conde, dándole cuenta del motivo de aquella embajada, y se mandaron disponer algunos caballos, sacándolo de su encierro y tomaron el camino para la ciudad, donde los dos reyes salieron á recibirlo acompañado de muchos caballeros. A su llegada fué el conde á ponerse á los piés de su tio y besarle la mano. El rey Lisuarte abrazó al que habia sido su rival, y le dijo: ¡Oh, caballero valiente y esforzado! ¡cuán bien puedo decir que no hay otro que os iguale! Entraron en la ciudad asidos ambos campeones hecho amigos, acreditando de esta manera el conde sus excelentes virtudes y caballerosidad á la faz del inmenso público que le victoreaba sin cesar hasta su llegada al palacio, donde declaró á presencia de los caballeros que el rey Lisuarte á quien habia vencido en el campo del honor, quedaba relevado de la condicion bajo la cual pelearon, pero que debia de abandonar la Francia, dejando á su legítimo soberano dueño y señor de ella, en quieta y pacífica posesion. Así prometió hacerlo bajo su palabra de honor, y lo ejecutó, retirándose al dia siguiente con todo el ejército. De esta manera terminó el ruidoso asunto del desafío, y con él la guerra que amenazaba á la Francia con muy fatales consecuencias.

CAPITULO V.

De cómo tratan de casar al conde con una sobrina del Papa. —Por consejo de un mágico márchase él conde ..staba la emperatriz, en cuyo palacio le sucedieron algunos lances apurados.

Así que supo la madre del conde que su hijo habia librado á su patria de tan gran peligro, se fué para París, saliendo á recibirla su hermano el rey y el conde, acompañándola hasta el palacio llenos de satisfaccion y contento. Estando un dia juntos en conversacion, dijo la madre al rey, que le parecia conveniente se tratase de darle esposa al conde, en cuyo caso ella sabia de una jóven doncella, noble y muy hermosa, la cual era sobrina del Papa, á quien consideraba muy apropósito para su hijo, y que con este casamiento olvidaria á la emperatriz hechicera, de quien le habian oido algunas veces hablar, y que de no hacerlo así, se daria lugar á que su amor hácia aquella le indujese á marcharse para no volver jamás. El rey contestó que aprobaba el pensamiento, y que regularmente el Papa convendria en dicho enlace de muy buena voluntad, por lo que enviaron comisionados á Roma, y presentándose á Su Santidad, este los recibió con mucho agrado, enterándose de las pretensiones que traian, á las que accedió; y llamando á un cardenal, mandó que se dispusiese para acompañar á su sobrina á París, donde tenia que celebrar su boda, otorgándola en dote cuatro castillos y diez millones en dinero, todo lo que daba el Papa por las buenas noticias que habia oido del conde, y por lo gustoso que era que se casase con su sobrina. Cuando la doncella, el cardenal y demás comitiva llegaron cerca de Paris, salió á recibirlos con gran pompa y séquito el rey y toda su córte, acompañándoles hasta el alcázar, donde fueron hospedados. Ocho dias estuvieron tratando con el conde Partinoples sobre lo conveniente que le era el casamiento con la sobrina del Santo Padre sin poderlo convencer, pues el jóven procuraba retraerse del compromiso, por el mucho amor que profesaba á la emperatriz, y por la palabra que con ella tenia empeñada, lo que manifestaba púbicamente, por lo cual trataron de embriagarle con cierta reparacion mezclada en el vino Así lo hicieron como lo ensaron, y conseguido su objeto trajeron, á la doncella

y los dejaron en un cuarto solos; pero nada se adelantó, pues luego que el conde se halló despejado, empezó á dar voces de que no queria casarse, y que le trajesen su caballo que queria irse á ver ála emperatriz. La doncella trató de contenerle diciéndole, que no le dejaria marchar, porque él habia de ser su marido; y entonces el conde la dió un empujon apartándola de sí con violencia.

Viéndose la sobrina de Su Santidad atropellada de esta conformidad, y desairada por un caballero tan distinguido, cuya hermosura y gallardía habian cautivado su corazon desde el momento que le habia visto, acudió en aquel estado llena de vergüenza, y con los ojos bañados en llanto, al rey, y le dijo con grande afliccion todo cuanto le acababa de acontecer con el conde. El monarca se puso furioso al saber semejante comportamiento de su sobrino con una señora de tan alta condicion, y procuró tranquilizarla, asegurándola se casaría con él tan pronto como consiguiese disuadirle de su preocupacion, que los encantamientos de la emperatriz habian causado en su espíritu trastornándole el juicio. A todo esto se hallaban presentes el cardenal y la madre del conde que entró al poco rato y estando así reunidos fué presentado á ellos un mágico que tenia particular habilidad en la materia, el cual les dijo: señores, este jóven está perdido por una mujer encantada; pero haced que me descubra su corazon, que yo trabajaré por librarle de ella y de los malos espíritus. Oido esto por el conde le prometió revelarle todos sus secretos, y á cuyo efecto se retiraron todos los presentes dejándolos solos en la habitacion. Despues que el conde hubo esplicado al mágico todos los pormenores de su historia con la emperatriz, le habló de esta manera: confiado en que será cierto cuanto acabais de referirme, yo os daré una linterna encantada que nunca se puede apagar hasta que la quiebren; llevaréisla con vos al alcázar de la emperatriz, entrareis en sus habitaciones de noche, que nadie os verá, y os dirigireis á su alcoba en la que os escondereis hasta que ella se acueste, y cuando esté dormida la levantareis la ropa presentando á su rostro la linterna para que al despertarse os vea bien; los efectos que esto produzca, el tiempo os hará ver que serán favorables á vuestros deseos: y dicho esto se despidió.

El conde Partinoples prometió al mágico haria todo cuanto le habia encargado; y poniéndolo en ejecucion, al dia siguiente montó á caballo y se fué hasta donde estaba la nave que le habia conducido: embarcóse en ella é hizo su viaje hasta llegar al castillo donde estaba la emperatriz. Habiendo arribado el conde al puerto de la isla, saltó en tierra con mucha precaucion, temeroso de ser

descubierto, por ser la emperatriz muy perspicaz y advertida. Llegada la noche se dirigió hácia el alcázar temblándole las carnes: penetró, en fin, hasta la pieza donde estaba la cámara de la emperatriz, y se arrimó á un rincon junto á la cama, cuidando de tener la linterna bien tapada. Estando así muy pensativo, oyó pasos y no creyéndose bastanle seguro en aquel sitio se ocultó entre unas cortinas: pronto vió que venia la emperatriz, la que llegada á la estancia se desnudó y metió en la cama, quedándose dormida al poco tiempo; el conde al observarlo, sacó la linterna con mucho cuidado, y la fué descubriendo el rostro sin que ella hiciese el menor movimiento.

El conde embriagado de placer al contemplar aquella hermosura tan perfecta, no se hartaba de mirarla: pero inadvertidamente dejó que le cayera una gota de aceite en los pechos, y despertó despavorida. Luego que la emperatriz se vió descubierta de la ropa, dió un grito, diciendo: ¡ay Dios mio, soy perdida! y se desmayó: el conde echó á huir con la linterna por los salones del palacio tan atropelladamente, que se le cayó al suelo y se quebró, quedando en completa oscuridad: con este nuevo contratiempo, se vió tan apurado que se puso á maldecirse á sí mismo y al que le habia dado tan diabólico consejo. A poco rato volvió en sí la emperatriz, y bañada en llanto, exclamó diciendo: ¡Oh doncel traidor, yo haré que hoy mismo os quiten la vida en viniendo el dia, pues que me habeis deshonrado! Saltó de la cama, y mientras se estaba vistiendo, se le presentó el conde todo compungido, se postró á sus piés pidiéndola por merced le perdonase, y ella le contestó con arrogancia: no, no, me habeis perdido y teneis que morir. En seguida la emperatriz se salió del palacio é hizo que se cerraran las puertas dejando dentro al conde, y dirigióse al de Oriana, á quien contó lo acaecido con él en haberla descubierto y deshonrado; por cuya razon, el encantamiento estaba deshecho, estando expuestos por lo mismo á que todos sus vasallos los viesen. A eso Oriana le contestó: pues yo me llevaré hombres bien armados y me dirigiré con ellos adonde está, á fin de que lo hagan pedazos. La emperatriz mandó llamar sesenta hombres, previniéndoles se pusiesen en acecho de un caballero que habia entrado en su palacio; y ella se fué á colocar frente de la ventana donde el conde se encoutraba asomado, el que á pesar del peligro que le amenazaba, no hacia sino mirarla, pareciéndole cada vez más hermosa.

A todo esto, las puertas del palacio, abiertas por órden de la emperatriz, se hallaban perfectamente guardadas por muchos centine-

las y los primeros rayos del dia prestaban suficiente luz para distinguir claramente los objetos. Despues que la emperatriz permaneció algun tiempo en aquella posicion, se dirigió al jefe de la fuerza armada y le habló secretamente, mostrándose este decidido á consumar un ejemplar castigo en la persona del indiscreto caballero. Luego que la emperatriz hubo comunicado sus órdenes, penetró en el interior del palacio acompañada de Oriana, notándose en su semblante triste la compasion que al parecer le inspiraba la terrible situacion del hombre á quien ella iba á sacrificar tan severa é inhumanamente. El conde así que la vió entrar se arrojó á sus pies implorando clemencia, pero fué en vano, ni siquiera le miró, y pasando de largo se ocultó en seguida; mas la sensible Oriana, conmovido su corazon á la vista de tan gallardo jóven, con cierto pretesto se quedó con él dándose á conocer, á cuyo tiempo entraron en el aposento los hombres armados, y aquel desventurado se puso á temblar, tomando á Oriana de las manos y diciéndole despues de besárselas muchas veces: señora, sabed que yo fuí vilmente engañado por un traidor; lo que oido por Oriana mandó detener aquellos hombres, y se fué á encontrar con la emperatriz, pidiéndola encarecidamente por gracia particular, que se dignase perdonar al incauto jóven, pues que habia sido seducido á cometer tal atentado. La emperatriz insistió, diciendo, que no le perdonaria de ninguna manera. Con esto se fué la noble Oriana al conde, el que continuó de nuevo rogándola hiciese cuanto pudiese para salvarle: volvió Oriana á implorar á la emperatriz, besándolas las manos y los pies, rogándola por segunda vez le concediese la gracia de librarle de la muerte; pero el empedernido corazon de aquella mujer insensible habia decretado la muerte del amante desgraciado, y solo deseaba cohonestar su conducta impura cometiendo con aquel infeliz tan horrendo decreto: así es que cuantos esfuerzos hizo Oriana para alcanzar el perdon fueron inútiles. Todavía esta mujer tierna y sensible insistia con singular firmeza y resolucion en salvarle, prediciendo á la emperatriz que con su cabeza respondia de la muerte del sobrino de un rey, á quien iba á sacrificar; mas ni aun esta amenaza pudo retraerla de su criminal empeño; por último, se decidió la protectora del jóven á morir con él en caso necesario.

Oriana, le tomó de la mano, y los dos se dirigieron por la puerta donde estaban los hombres armados, los cuales desenvainaron las espadas para decapitarlo; pero Oriana les dijo: deteneos, señores, que no es este el caballero que la emperatriz manda ma-

tar; cuando salga el otro, matadle: pues este es un escudero que se envía á una comision importante.

Cuando se vieron fuera del palacio, tomaron precipitadamente el camino del puerto, y Oriana dijo al conde: tomad el caballo que aquí dejásteis, y entregadlo al capitan de aquella nave, encargándole que os lleve á vuestro país; y ella se metió en otra nave, temiendo la venganza de la emperatriz, dándose á la vela para Constantinopla, donde tenia su padre; pero tan enamorada del conde, que nunca jamás le olvidó.

CAPITULO VI.

Destierro voluntario del conde á las sierras de Ardeña, y lo demás que á él se siguió por encuentro de Oriana.

Cuando el conde llegó al castillo de Bles halló á su madre sumamente afligida por ignorar su paradero; y al verle, le abrazó con la mayor ternura, alegrándose en estremo de tan feliz é inesperado encuentro. Al momento se divulgó por todas partes el arribo del jóven conde, presentándose á visitarle todos sus compañeros de armas, celebrando su vuelta con grandes fiestas y regocijos públicos. El conde dijo á los que le tributaban tantos obsequios estas misteriosas palabras: «no es digno un hombre que viene aquí á espiar un delito, de tanta merced.» Ninguno comprendió el sentido de estas palabras, guardando el conde en ello la mayor reserva.

Concluidos los festejos, continuó el conde viviendo retirado en su habitacion, donde descansó de sus pasadas fatigas y pesares, é instruyendo á su madre de todo cuanto le habia acontecido con la emperatriz, mas sin mostar por eso arrepentimiento, ni querer desistir de su empeño. El rey su tio continuaba en su palacio de París, y la sobrina del Papa, desengañada del proyectado enlace, se habia marchado para su patria acompañada del cardenal y demás comitiva.

Al cabo de cinco meses que el conde permanecia en su retiro llegó á su noticia que el marido de la emperatriz habia muerto: efectivamente, así era; y en su consecuencia se habian reunido en su palacio todos los grandes del imperio para concertar el matrimonio

Arrepentida ya la emperatriz de su mal comportamiento con el conde, quiso consultar con Oriana sobre el particular, y la envió un mensajero de toda su confianza para que regresase á su compañía; pero ella no quiso condescender, temerosa de alguna venganza por su resentimiento en haber salvado al conde, por quien la emperatriz varias veces la habia escrito preguntándole si era vivo ó muerto, y nunca la habia querido contestar. Todo esto traia desconsolada á la emperatriz, y no sabia de quién tomar consejo, por cuya causa cayó enferma de gravedad; recibida esta infausta noticia por Oriana, y aunque con algun temor, marchó inmediatamente á su lado, encontrándola, en efecto, en muy triste situacion, delirando de continuo por su amante el conde Partinoples á quien llamaba su esposo. La sensible Oriana, compadecida del lastimoso estado en que la veia, lloraba desconsolada, y con todo, desde luego procuró favorecerla en cuanto estuvo de su parte, siendo tan eficaces los auxilios que le prodigó con el mayor celo, que consiguió en pocos dias recuperar la salud de la emperatriz, la que la agradeció en extremo sus afectuosos desvelos. Restablecida completamente de su enfermedad, suplicó á Oriana interpusiese toda su zagacidad é influencia con el conde para que accediese en ser su esposo.

La noble Oriana tan condescendiente como generosa, contestó á la emperatriz: mi corazon está dispuesto siempre á complaceros, y quisiera en esta ocasion satisfacer vuestros deseos; mas un obstáculo invencible se opone á ello, el cual no debeis ignorar. A cuyas expresiones se entristeció la emperatriz, vertiendo lágrimas de dolor, porque comprendia la causa; pero dió tambien una prueba de arrepentimiento de sus pasados errores, diciendo: el conde ya me habrá olvidado; y nunca perdonará mi debilidad, recordando el fatal dia que decreté su muerte. En la misma persuasion se hallaba Oriana, y este convencimiento la retraia de dar ningun paso en su favor: no obstante, se decidió, por fin, á partir para el castillo de Bles, donde creia hallar al conde y suplicarle encarecidamente se sirviese admitir la mano de la empreratriz que tan enamorada estaba de él. Oido esto por aquella, la abrazó tiernamente arrebatada del placer que sentia interiormente, dando las disposiciones necesarias para el viaje, que se verificó al siguiente dia, acompañándola hasta el puerto donde se despidieron con el mayor cariño, embarcándose Oriana, y con esta su doncella llamada Pérsides, en un hermoso navío, el cual se dió á la vela al momento que se presentó el viento favorable, volviendo la emperatriz á su palacio con toda su comitiva.

Con feliz viaje llegó el navío á la vista de la sierra de Ardeña:

el buque se aproximó á tierra, y tanto qué se oyó relinchar un caballo. Preguntó Oriana al capitan, qué tierra era aquella; y él la contestó: señora, estas montañas que veis se llaman las sierras de Ardeña, las mas desiertas y áridas de la Francia: entonces Oriana le dijo que echase la lancha al agua, porque deseaba saltar en tierra: el capitan le manifestó era tierra de muchas fieras, y seria exponerse mucho; mas insistió en ello aquella heroina, y el capitan tuvo que ceder, dando fondo y echando un esquife al agua, en el cual se embarcó la intrépida Oriana precedida del capitan, su tripulacion, y la graciosa Pérsides: llegaron á tierra, y se internaron en el bosque, donde hallaron las huellas de un caballo: el capitan dijo entonces á Oriana: señora, ¿quereis que sigamos el rastro de estas pisadas que parecen estar teñidas de sangre? á lo que contestó ésta: si, veamos dónde van á parar. Siguieron, en efecto, los referidos rastros de la sangre, hasta llegar á una fuente, en la que encontraron un leon muerto con un pedazo de carne en la boca que parecia ser de caballo. Todos quedaron dudosos sobre lo que le podia haber sucedido á aquel animal, y el capitan dijo: esto debe haber sido que el leon habrá querido devorar algun caballo, y como el animal se sintiera herido, le daria un par de coces dejándole muerto: en efecto, así era, pues observaron que el leon estaba herido en la frente y roto el cráneo. El capitan dijo á Oriana que se quedase allí con su doncella en el interin que ellos se dirigian en busca del caballo que no debia estar muy lejos de aquel sitio, como así lo hicieron. Estando las dos entretenidas en la contemplacion de la aspereza de aquellas sierras, obsérvaron un bulto de una forma horrible que salia de una cueva. Oriana preguntó á su doncella sobrecogida de miedo: ¿qué clase de animal era aquel que se dirige hácia ellas? á lo que contestó el mónstruo mismo: soy un desdichado; á lo cual enmudeció Oriana; pero conociendo ser persona humana y parecida su voz á la del conde Partinoples, se imaginó que por lo acontecido con la emperatriz habria perdido el juicio, no dudó ya de que fuese él mismo quien le habia hablado y veia de aquella suerte; y así es, de que con la mayor amabilidad le dijo: amigo, dime quién eres, no te me niegues, pues me será bastante sensible, y para mas obligarte has de saber que yo me llamo Oriana, dama de una emperatriz, y vengo en busca de un caballero francés para darle una buena noticia. Entonces el incógnito la dijo se explicase con mas franqueza; lo que ella hizo, declarándole todo cuanto le habia dicho la emperatriz en favor del conde Partinoples. Al oir esto, exclamó: ¿dónde está esa mujer magnánima, que quiero verla y pedirle perdon del agravio que la hice?

y cayó desmayado en tierra: entonces se acabó de persuadir Oriana de que era el mismo conde Partinoples. Sentóse junto á él poniéndole la cabeza en su regazo, diciendo á su doncella la ayudase á socorrerle, y vuelto en sí principió á verter lágrimas; mas en seguida se quitó una gran melena de pelo que llevaba, quedando descubierto su rostro que al momento lo conoció Oriana, quien encargó al conde no revelase á nadie quién era. Llegados que fueron el capitan y los suyos, quisieron saber quién era aquel personaje, mas la dama los satisfizo diciendo, de que era un conocido suyo que por casualidad habia hallado en aquel sitio, el cual habia naufragado en aquella costa y queria llevarlo en su compañía. Embarcáronse todos de nuevo dirigiendo el rumbo con direccion al castillo de la emperatriz, y por el camino iban contándose sus aventuras desde su despedida: el conde manifestó deseos de ver á la emperatriz, y Oriana le contestó que cuando tuvo ocasion no habia sabido guardarla; que en la actualidad se hallaba á la tutela de los reyes, los cuales tenian que decidir de su suerte, dándole por esposo al que la ganare por fuerza de armas; pero que ella haría de modo que la viese muy pronto. Luego que la emperatriz supo la llegada de Oriana, la mandó llamar, y esta se presentó al momento. Habiendo llegado á la presencia de la emperatriz se abrazaron cariñosamente, preguntándola por el éxito de su viaje. Oriana la contestó: cuando el conde estaba en el peligro que le pusisteis de perecer, yo os aconsejaba de que le perdonárais, y no quisisteis hacerlo; mas ahora la suerte decidirá el esposo que ha de ser vuestro. La emperatriz se puso á llorar enteramente desconsolada, á lo que Oriana le dijo que ya no tenia remedio el daño que ella habia hecho, y que lo que por entonces convenia, era el que armase por sí misma á los caballeros del imperio que habian de asistir al torneo que se acababa de publicar, para que asistiesen tambien á él todos los extranjeros que quisiesen venir. La emperatriz la dijo que todo lo dejaba á su cuidado y celo, y en seguida marchó á la capital y eligió noventa y nueve caballeros, los que hizo aderezar para marchar con ellos, llevando en su compañía al conde vestido y armado con los demás, dándole ella el caballo y las armas Llegaron de noche al palacio de la emperatriz, en el que entraron todos los caballeros, y Oriana mandó á su doncella tomase por la mano al conde y lo colocase en el salon donde estaba el trono, y en seguida se fué á la emperatriz y la hizo presente ser ya hora de que armase los caballeros que aguardaban en el salon real. Vistióse la emperatriz su manto, y sentóse en el trono: los caballeros fueron entrando á besar la mano, y en seguida se fueron colocando en sus

sitios teniendo cuidado de que el conde estuviese inmediato á la puerta donde no le pudiese advertir la emperatriz; despues del razonamiento que les hizo, se levantó y fué armándolos uno por uno, presentándoselos la infanta: llegó á tocarle al conde, que hincado de rodillas y con la cabeza baja no le pudo conocer nadie y recibió la espada de mano de su querida, en cuyo acto arrebatado de placer hubo de caer en tierra: mas Oriana acudió al momento, y dándole en las espaldas con la mano le advirtió el peligro que corria si era descubierto; diciendo á la emperatriz no lo extrañase, pues eran jóvenes que no habian tomado nunca las armas, y se hallaban sofocados con las armaduras que llevaban puestas. Pasadas las ceremonias necesarias para semejante acto, se despidió Oriana de la emperatriz y se fué á la ciudad, llevándose al conde en su compañía.

CAPITULO VII.

Como un dia divirtiéndose el conde por la orilla del mar, fué apresado y conducido á tierra de moros: y lo que le sucedió luego hasta ganar á fuerza de armas en el torneo la mano de la emperatriz.

Mientras que se hacian los preparativos para el torneo, y en uno de los dias que se divertia el conde por las orillas del mar, observó una lancha á su orilla, en la cual se metió é internó tanto, que cuando quiso volver atrás ya no pudo, por causa de un fuerte viento que le llevó á las costas del moro, donde le hicieron prisionero, presentándole á su rey Herman, quien al pronto mandó quitarle la vida; mas la sultana interpuso su poderoso influjo y le salvó de aquel conflicto; pero mandó le encerrasen en una mazmorra subterránea; y teniendo el rey que ausentarse para asistir al torneo, emprendió la marcha con toda su comitiva.

El esforzado conde, viéndose preso y sin poder asistir á aquella fiesta, se quejaba amargamente de su suerte. Informada la sultana de los tristes lamentos del cautivo, le mandó sacar y traer á su presencia, y por medio de su intérprete, le preguntó la causa de su pesar, á lo que satisfizo con manifestarle el compromiso en que se veia, de no poder asistir al torneo que debia celebrarse dentro de

diez dias. La sultana, enamorada de su presencia gallarda, le dijo no se afligiese, y que si le daba la palabra de volver á la prision antes que regresase el rey su esposo, ella le dejaria marchar dándole caballo y armas: el conde le aseguró con juramento volver á su presencia, segun se lo ordenaba. Proveido de todo lo necesario emprendió su viaje encomendándose á Dios de todas veras: tres dias andubo sin encontrar poblado alguno donde descansar; mas al cuarto dia se encontró con un caballero moro, armado de todas armas, que tambien se dirigía al torneo, el cual iba acompañado de sus criados: ambos se saludaron marchando en union por el camino. El moro llamado Guadin, le preguntó si era moro ó cristiano, y cómo se llamaba, á lo cual le contestó, que aunque tenia recelo de manifestarse, solo le diria su nombre conociendo era buen caballero, y le reservaria el secreto. Al oir Guadin el nombre de conde Partinoples le dijo: por cierto, amigo, que deseo seamos compañeros, rogándoos al mismo tiempo me digais sin la menor reserva, si sois sobrino del rey de Francia, porque tengo oido hablar de otro Partinoples. El conde contestó se lo diria de muy buena gana siempre que prometiese, bajo palabra de caballero, guardar secreto hasta que él se lo mandase descubrir: lo que ofrecido por Guadin le manifestó el conde, que en efecto era el mismo por quien preguntaba: Guadin se alegró en extremo, le abrazó y besó en la frente, diciéndole, que su corazon le anunciaba debia ser muy buen caballero, y túvose por muy feliz en ser su compañero. En seguida que llegaron á la isla se dirigieron á una sierra contigua al palacio de Cabezadoire, en cuyo sitio puso una famosa tienda de campaña que llevaba muy cómoda para ellos, los criados y las caballerías. Allí descansaron dos dias hasta el siguiente que debia ser el primero del torneo.

Al amanecer se armaron los dos campeones, y Guadin dijo al conde, le parecia conveniente el hallarse de los primeros en la palestra: en efecto; cabalgaron en sus caballos, y se fueron para el palenque: el caballo que montaba el conde era negro y muy fogoso; el escudo primorosamente labrado, y en campo azul puestas estas polabras: *Solo lidio por amor:* en el penacho llevaba una pluma azul que manifestaba los celos de un amante.

Al presentarse los dos en la plaza del combate, fijaron la vista en ellos todo el concurso de gente, elogiando con particularidad la bizarría del caballero de la divisa azul, quien se puso á pasear por delante del palco real donde se encontraba la emperatriz acompañada de Oriana, que manifestaba en su semblante algun pesar, siendo, sin duda, el no saber el paradero del conde Partinoples ni

qué se pudo hacer de él; á su inmediacion se hallaban los reyes que debian decidir de la suerte de la emperatriz y del caballero afortunado que por armas la ganase en los tres dias de torneo.

Se mandó por los reyes pudiesen tornear todos los caballeros turcos, moros, cristianos y demás que quisiesen, sin escepcion de naciones; mas entre ellos tuvieron disputas sobre la bizarría del caballero de la divisa azul, y la valentía del soldan de Persia, que, en efecto, sabian que era muy valiente; pero esta cuestion cesó tan luego como hicieron la señal de dar principio al torneo tocando los clarines.

El conde, como se ha dicho, se andaba paseando por delante del palco real, y observando debajo de él un apuesto caballero armado de muy lucidas armas, acompañado de un grande séquito; preguntó á Guadin si sabia quién era aquel personaje, y este le contestó que el soldan de Persia, hombre esforzado y valiente, bien conocido por sus hazañas. El conde le respondió: me parece que en mal sitio se ha colocado: y en seguida se separó de Guadin y se fué para el soldan de Persia: este, apenas le vió delante de sí y en ademan de desafiarlo, salió de entre los suyos, en cuyo acto fué Guadin al conde y le dijo disimuladamente: muy poderoso es el soldan, andad con cuidado; pues si por desgracia lo pasara mal, vendrán en su ayuda los demas parciales suyos: el conde le contestó: si Dios me quiere ayudar no he menester otra ayuda. En esto salió el soldan y se vino para el conde, y ambos se dieron tan terrible encuentro que las lanzas volaron echas pedazos: en seguida metieron mano á las espadas con las que se daban tan recios golpes que hacian salir chispas de los yelmos: tan diestro y ligero andaba el conde, que apenas le daba lugar al soldan para alzar el brazo; en esto, dijo uno de losreyes á otro: mirad qué bien se bate este caballero del penacho azul: á cuyo tiempo, no pudiéndolo ya resistir el soldan, volvió las riendas al caballo y el conde lo siguió hasta que le hizo meterse entre los suyos. Todos los caballeros dijeron: si conforme ha principiado este campeon, concluye el último dia, sin duda que es el hombre más valiente del mundo. Al aproximarse el conde á los favoritos del soldan, salieron estos y le cercaron dándole varios golpes, pero al que llegaba á alcanzar el conde le hacia rodar por tierra; lo que visto por Guadin se puso el yelmo en la cabeza, y con la lanza en la mano se dirigió hácia sus contrarios, é hizo tales proezas en ellos que huyeron despavoridos. Retiráronse á su primer puesto, y habiendo sido armado de nuevo el conde con una gruesa lanza, salió al frente otra vez para aguardar caballero que quisiese batirse; por lo cual

dijo uno de los reyes á los demás: muy valiente y esforzado es este caballero; pues aun no ha escapado del peligro y ya se halla de nuevo al frente; á lo que le costestaron los demás: hoy es el primer dia, y él se cansará y no podrá tornear en los demás. Varios fueron los caballeros que se presentaron en el palenque, pero todos quedaban vencidos por el conde; quien, por último, se fué al frente del palco de la emperatriz, bajo del cual se hállaba el soldan, y Guadin le dijo: vámonos de aquí, señor, ¿no habeis visto el aprieto en que nos hemos hallado? y él le contestó, lo dejase estar allí. Cuando le vió el soldan, cabalgó de nuevo en su caballo y salió al frente del conde, habiendo antes dicho á los suyos, que si lo derribase del caballo, saliesen y le matasen para vengar la deshonra que en tal caso le habria hecho. El soldan y el conde se vinieron el uno para el otro tan reciamente, que poco faltó para no caer ambos en tierra; el conde recibió un fuerte golpe, y en seguida acometió al soldan con tal denuedo que le hizo dar en tierra; pero fué tan generoso que le ayudó á cabalgar otra vez.

En esto hicieron los clarines la señal de concluido el torneo de aquel dia: los dos compañeros se mantuvieron en la plaza hasta que no quedó caballero alguno en ella, retirándose en seguida á su tienda hasta el otro dia que madrugaron, y despues de haberse desayunado tomaron sus armas y montaron á caballo, dirigiéndose al palenque del combate, siendo los primeros que se presentaron como el dia anterior: á poco rato llegó el soldan y demás caballeros; mas el conde apenas hicieron la señal de empezar, se fué para él desafiándole á justar: el soldan admitió de nuevo el combate, dándose recios y terribles golpes, hasta que el conde le dió un bote de lanza, que sacándole de la silla cayó en tierra por las ancas del caballo, quitándole la lanza con el pendoncillo bordado que llevaba, y dirigiéndose á la emperatriz, la dijo: tomad, señora, en prueba de mi mal pagado cariño. Oriana dijo á la emperatriz: el corazon me anuncia que este valiente campeon es el conde Partinoples; á lo que contestó: plegue á Dios que sea él: en seguida le contó Oriana todo lo que habia ocurrido con el conde desde su fuga, lo que causó gran pesar á la emperatriz, y aunque se quiso informar de quién fuese el caballero del penacho azul que siempre se hallaba con la visera calada, preguntándoselo uno de de los reyes á Guadin, compañero del conde, le contestó ser un caballero francés, cuyo nombre y circunstancias le estaba prohibido descubrir á nadie. En esto tocaron los clarines en señal de concluido el torneo por aquel dia, retirándose despues los dos compañeros amigos á su tienda.

Prevenidos al dia siguiente los dos campeones, cabalgaron en sus briosos caballos, con la diferencia de que el conde llevaba el penacho negro y quitadas las letras del escudo; puso en su lugar *Morir ó vencer*. Llegaron al palenque los dos, y todo el concurso fijó la vista en el caballero del penacho negro, á quien conocieron todos por el compañero de armas que llevaba. Púsose al frente pidiendo campaña, mas nadie quiso justar con él por el recelo que le habian cobrado, pero Guadin le dijo: prevente al combate, porque allí se apresta un caballero en contra tuya, y me parece ser el rey Herman que querrá vengar la afrenta del soldan. El conde picó espuelas al caballo y se fué para él como un trueno puesta la lanza en el ristre: el rey salió á su encuentro, y fué tal, que las lanzas quedaron reducidas á astillas, cayendo el rey de su caballo, el cual tomó el conde de la brida y lo entregó á Guadin. La emperatriz deseosa de saber quién fuese tan valiente campeon, lo mandó preguntar de su parte; el conde contestó, que era cristiano y del reino de Francia. En cierto modo se penetró la emperatriz de que fuera el conde Partinoples, y rogó á Dios lo librase de todo peligro. El soldan y el rey Herman trataron de vencer al conde, lo que observado por Guadin, se lo advirtió para que estuviese prevenido, y así fué que saliendo á batirse de nuevo el soldan, vió que venia á través el rey Herman; mas el soldan por no hacerle traicion, se volvió á su lugar diciendo: obro como caballero. Dirigióse el conde al rey Herman, á quien le dió un bote de lanza, que le pasó por el cuerpo, cayendo tendido en tierra, con lo que amotinados los caballeros del soldan acometieron al conde; mas éste, metiendo mano á la espada y haciendo lo mismo Guadin, fué bastante sangriento el combate, dejando el campo cubierto de muertos y heridos, de tal conformidad, que fué necesario suspender la lucha. En esto hicieron señal de concluido el torneo, y los caballeros se fueron para su tienda, en la que el conde hizo presente á Guadin, la palabra de honor que tenia ofrecida de volver á la prision del rey moro, á lo que Guadin le contestó era preciso cumplir como caballero; que iria en su compañía, y dado caso que fuese necesario, él quedaria en la prision en rehenes.

Al otro dia de mañana se partieron ambos compañeros para Damasco; enterada la sultana de su llegada, y viendo haber cumplido su palabra como caballero, le concedió la libertad, regresando ambos hácia el palacio de la emperatriz, en cuya ocasion estaban disputando los reyes, unos elogiando al conde y otros al soldan; pero no faltaba quien dijese, era muy cierto que el caballero del penacho

negro era quien habia ganado el torneo; pero se ignoraba quién fuese, á lo que contestó el conde: yo soy el conde de Bles, sobrino del rey de Francia, y mi nombre es Partinoples: al oir la emperatriz la relacion del conde, cayó sin sentido en tierra, recogiéndola Oriana al momento en sus brazos.

Grande fué la cuestion que tuvieron los reyes sobre la eleccion de emperador entre el soldan y el conde, y por último, determinaron que la emperatriz eligiese por esposo aquel que más le agradase de los dos: así lo hicieron llevándolos ante su presencia: enterada de lo convenido por los reyes, mandó al conde se quitase el yelmo: al momento le conoció muy bien, y se fué para él toda trémula del placer que esperimentaba interiormente: le echó los brazos al cuello, diciendo: mi voluntad es, segun lo pactado por los reyes, de que este caballero sea mi esposo. Al momento se oyeren varios golpes de música que daban la enhorabuena al nuevo emperador: todos los caballeros fueron besándole la mano, siendo el primero Guadin, diciéndole: viva, viva mi señor el emperador; y los reyes le tomaron en brazos y le proclamaron por tal.

El soldan de Persia, con todo su séquito y acompañamiento, despues de besar la mano y prestado la debida obediencia al nuevo emperador, se despidió, marchando en seguida para sus tierras, llevándose el desconsuelo de que la emperatriz hubiese elegido por esposo á su rival; pero hubo de conformarse con la suerte que le habia tocado, bien á pesar suyo.

Grandiosas fueron las fiestas que se hicieron en todo el imperio, en la coronacion del nuevo emperador, cuyas noticias llegadas á Francia fueron igualmente celebradas por la madre del conde, el rey y demás grandeza del reino, que manifestaron el grande placer que les causaba en haber sido reconocido y coronado por emperador el conde de Partinoples; á cuyo efecto le enviaron embajadores, felicitándole por su elevacion, y ofreciéndole los refuerzos y auxilios que pudiese necesitar; y formando desde aquella época una completa alianza entre ambas naciones.

Pasados los primeros momentos del placer que todos en general habian disfrutado, quiso la emperatriz saber de la misma boca de su esposo cuanto le habia ocurrido desde su huida del palacio, pues informada por Oriana, le habia estimulado su curiosisidad. Muy sensible le fué, verdaderamente, el escuchar los padecimientos que por causa suya habia sufrido; pero la satisfaccion que disfrutaban en aquellos instantes, les disipaba los pesares pasados y que ya se les presentaba un dichoso porvenir.

El moro Guadin, compañero de armas del conde, pasados los

festejos de la córte, pidió licencia para regresar á su patria con sus criados: cuando el emperador lo oyó le causó gran pesar su peticion, y por ello le rogó no se partiese de allí, pues desearia tenerle á su lado, en cuyo caso ofreció hacerle grande de su imperio. Guadin que apreciaba mucho al emperador, le contestó que lo aceptaba de muy buena gana: en seguida se fué el emperador á su esposa y contóle lo ocurrido con su compañero de armas, y lo que le estaba agradecido, por lo que él habia hecho. Mucho placer recibió la emperatriz con semejante nueva, ofreciéndose á ser su protectora, como igualmente á todos cuantos habian contribuido á labrar su felicidad.

Reinaron en paz ambos esposos largos años con la sucesion que les dió el cielo en los hijos que tuvieron, estimados y obsequiados de todo su imperio, cuyos súbditos á porfía se esmeraron siempre en complacerlos hasta la muerte, que recibieron con la vor resignacion, dejando gratos recuerdos á la posteridad.

FIN.